



LA IMPORTANCIA DE LOS BUENOS LÍDERES

La majestad del liderazgo resulta en ocasiones distante, incluso deliberadamente distante. En esos momentos se reconoce la condición humana del valor y, por lo tanto, su accesibilidad a todos los seres humanos decididos a servir a sus semejantes. Napoleón decía que todo soldado portaba en su mochila el bastón de mariscal. Si queremos cambiar el mundo, los seres humanos debemos movilizar nuestras energías y, además, podemos hacerlo.

Desde una perspectiva cristiana, y estimamos que también desde una perspectiva humana en general, el liderazgo es una condición imprescindible del adecuado funcionamiento de una sociedad. El liderazgo no obedece a una suerte de maligna vocación o propensión autoritaria de ciertos individuos al sometimiento de los restantes seres humanos. El verdadero liderazgo aporta más bien lo contrario. Recoge la voluntad humana de cambiar el mundo, y hacerlo mejor, y eso significa ayudar a los hombres a realizar sus sueños en un contexto más justo. El verdadero liderazgo potencia los procesos sociales.

Contemplar la obra de Alejandro Magno ofrece la mejor de las respuestas positivas a todos los interrogantes que suscita el valor del liderazgo. Su muerte, el año 323 antes de Cristo y sin haber cumplido los 35 años, y el asesinato del hijo de su unión con Roxana, hija del rey de Bactra, Alejandro IV, un niño de cabellos morenos, muy parecido a su madre, que en nada recordaba el aspecto apolíneo de su padre, y que suscitaba una suerte de instintivo rechazo en quienes lo conocieron, generó un prolongado conflicto entre sus generales, quienes, finalmente, se repartieron los Estados que Alejandro conquistó en un tiempo récord sólo comprensible por su capacidad para unir voluntades.

Es verdaderamente portentoso que, a pesar de los efectos destructivos del conflicto, Tolomeo y sus descendientes, por ejemplo, rigieran los destinos de Egipto durante casi tres siglos, mientras que Asia Menor, Judea, Galilea, Palestina, Mesopotamia y Persia se convertían en territorios absolutamente permeables a la cultura helénica.

El griego habría de ser la lengua de una religión oriental como el Cristianismo. En griego escribió sus Epístolas san Pablo. Sin Alejandro la rápida difusión del mensaje de Cristo hubiera resultado más difícil. El liderazgo de ambos personajes -Alejandro y Pablo de Tarso -cada uno en su ámbito- resulta providencia para los misteriosos designios de Dios. El buen líder es un valor que nos acerca a los propios fundamentos definidores de la civilización. Liderar para civilizar. Liderar para evangelizar. Liderar para transformar. Liderar para construir el Reino de Dios. **G.V.**

FRUTO DE TIEMPOS TURBULENTOS

Felipe Smaldone (1848-1923) tenía 12 años cuando presenció en Nápoles, su ciudad natal, la caída de los Borbones. Durante la conquista de Garibaldi, la Iglesia de Nápoles volvió a encontrar oposiciones y persecuciones: el arzobispo, el cardenal Riario Sforza, fue exiliado. Fue entonces cuando el futuro beato eligió comprometerse al servicio de la iglesia: fue ordenado sacerdote a los 24 años. Era todavía estudiante de filosofía cuando se consagró a la asistencia de los sordomudos, marginados por la sociedad de la época y a menudo abandonados.

Fundó la congregación de las hermanas salesianas de los Sagrados Corazones, para los sordomudos. Su vida de "testigo del evangelio de la caridad" estuvo marcada por una constante atención a los pobres y un extraordinario impulso apostólico. Este apóstol del Mezzogiorno (sur de Italia) ha sido llamado la "Perla del clero meridional". Tuvo especial preocupación por la educación de los sordos y por su inserción en la sociedad. Una compasión sin límite le hizo también acoger a los jóvenes ciegos y a los huérfanos o niños abandonados.

SE VERÁ DEL OTRO LADO

María Guyart (1599-1672), se quedó viuda a los 20 años, y se consagró primero a la educación de sus hijos y a la gestión de los asuntos de su difunto marido. Después entró en las ursulinas de Tours. Su vocación misionera maduró: se embarcó finalmente para Québec. Esta "Madre de la Iglesia católica en Canadá" fundó las ursulinas de Québec, desarrollando una actividad apostólica intensa, unida a una auténtica vida mística. Bossuet, que reconoció en ella una maestra de vida espiritual, la llamaba la "Teresa del Nuevo Mundo".

La ahora Beata María de la Encarnación, que fue su nombre como religiosa, cuenta que los indios hurones convertidos morían todos de la peste, en tanto que los otros indios escapaban de ella. En tales condiciones, evidentemente, no resultaba fácil ni agradable predicar el Evangelio: quienes lo aceptaban parecían castigados por Dios. ¡Qué problema tan doloroso para aquella joven comunidad cristiana! Y María de la Encarnación respondía: «Se verá desde el otro lado... En efecto, desde éste, el problema es insoluble.

PACIENCIA SIN LÍMITE

La beata Ana María Taigi (1769-1837) sienesa de nacimiento pero romana de adopción mostró una paciencia inalterable con sus amargados padres, con su colérico marido, con sus siete hijos y con sus propios achaques. Intercesora de los suyos y del mundo, se sintió empujada a sacrificarse y entró en la tercera orden de las Trinitarias. "Había notado, confesó su marido, que cuando rezaba o hacía una buena obra, la Providencia venía en nuestra ayuda".

¿QUÉ ES UNA LETANÍA?

"Y lanzó una letanía de insultos". Decimos cuando alguien pierde los estribos, la lengua cobra vida independiente, se aparta de la razón y deja salir el vapor iracundo del corazón ofendido o resentido.

En la Antigua Grecia la palabra *letaneia* significaba oración de súplica. En la tradición cristiana se llama letanía a una serie de peticiones o de invocaciones puestas una tras otra, a las cuales se contesta con una respuesta normalmente invariable, como *Señor ten piedad* o *Ruega por nosotros*. La Iglesia siempre ha recitado las letanías en tiempos de públicas calamidades y cuando se pide algo en un momento de especial importancia, como el bautismo o la ordenación sacerdotal. De entre ellas la más importante es la denominada letanía de los santos, de la que se conserva un manuscrito griego escrito en Asia menor hacia el año 400.

Por lo que se refiere a las letanías marianas parece que nacieron basándose en un poema mariano de la alta edad media, inspirado a su vez en el himno oriental Akáthistos. El texto más antiguo sobre ellas se encuentra en un manuscrito parisino de finales del siglo XII.



TIEMPOS DE GUERRA

Los monasterios trapenses femeninos de Luanda no tienen nada que ver con oasis cerrados al mundo exterior. Vibran con la vitalidad de la gente de los alrededores, pero están impregnados también del dolor y el sufrimiento que laceran al pueblo angolano. Acogen las necesidades y miserias de la gente, y tratan de llenar en parte el vacío material y espiritual dejado por la guerra. Con dificultades, pero también con alegría, se constituyen en signos de esperanza.

La Hna. Florencia Kalumbu, madre superiora del convento de Huambo, cuenta que la guerra comenzó de improviso: " la gente huía por todas partes, sin saber hacia dónde, y muchos buscaban refugio en el convento, que se encuentra en un barrio periférico, no demasiado lejos del centro. Pero nada era seguro en esos momentos. Todas las tardes, detrás del muro del convento se ajusticiaba a hombres simplemente por ser sospechosos. Y a veces íbamos nosotras a sepultar los cadáveres. Lo que nos daba fuerzas -continúa la Hna. Florencia- era la oración. A pesar de la guerra, los bombardeos y los refugiados atrincherados en casa, nunca dejamos de cantar el oficio. Se oraba como se podía, en medio de la gente, tratando de adaptarnos, de no estar demasiado atadas a nuestra regla monástica. Una regla, por otra parte, muy abierta, que pone la hospitalidad y la caridad en el primer lugar. Y, además, en este contexto surge espontáneamente el abrir las puertas, aún tratándose de un convento de clausura».

Las trapenses de Huambo han continuado rezando siete veces al día, hasta el día de hoy. Trabajan y meditan, cantan los salmos y viven su significado actual. «Durante la guerra no sabíamos si llegaríamos al día siguiente. La oración nos daba un sentido de libertad muy particular. Era como si las cosas pequeñas desaparecieran, y quedaba sólo lo esencial. Teníamos continuamente la muerte delante de nuestros ojos, pero la guerra no nos ha quitado la posibilidad de vivir la vida contemplativa, de tener una relación continua y profunda con el Señor».

CONRADO, EL PORTERO SANTO

SAN CONRADO DE PARZAM (1818-1894) provenía de una familia bávara modesta, entró a los 31 años en los capuchinos como hermano laico (converso, sirviente). Ejerció el cargo de portero de su convento durante más de cuarenta años. Dotado del don de la profecía y de leer en los corazones, fue también conocido por su acogida a los pobres

EL CAMINO

Kiko Argüello nació en Madrid el 9 de enero de 1939. Su nombre completo es Francisco José Gómez de Argüello. Pintor de temática religiosa, alma de artista, es también compositor de cantos con letra bíblica o inspirada en la Biblia, muchos de ellos dedicados a María.

Kiko Argüello es, sobre todo, fundador, con Carmen Hernández, del Camino Neocatecumenal. Este acontecimiento, que ha dado ya grandes frutos de conversión y de salvación en todo el mundo, comenzó pobremente en 1964 en las chabolas de Palomeras Altas, Vallecas por entonces suburbio paupérrimo del extrarradio de Madrid.

Convertido del ateísmo a la fe cristiana, dejó la residencia de estudiantes artistas en que vivía y se dirigió al suburbio con una Biblia, un crucifijo y una guitarra, para vivir silenciosamente como un pobre entre los pobres, según la inspiración de Charles de Foucauld.

Pronto fue un interrogante para los vecinos, que le pidieron que les hablara de Jesucristo. Lo llamativo fue que entre los gitanos que frecuentaban la barraca, nació un vínculo de profunda fraternidad.

Así nació el Camino Neocatecumenal, según Kiko Argüello, por inspiración de la Virgen María para hacer comunidades cristianas como la Sagrada Familia de Nazaret, que vivan en humildad, sencillez y alabanza, y en las cuales el otro es Cristo.

Los neocatecúmenos son iniciados a vivir abandonados filialmente a la paternidad de Dios, protegidos por la maternidad de María... A tal fin hacen una peregrinación a un santuario mariano para acoger a la Virgen María como madre...



DESPRENDERSE DE LO INNECESARIO

Dejarlo todo para seguir a Dios, y seguir a Dios sirviendo a los hombres. No es fácil. Francisco, el hijo de un comerciante de Asís, abandonó una vida acomodada, teniendo por delante un futuro sumamente prometedor, y comenzó una existencia inicialmente entregada a la oración y a la contemplación.

Nuestro tiempo recuerda muy poderosamente a ese comienzo del siglo XIII en el que Francisco de Asís decidió renovar el mensaje de san Benito y ofrecer una nueva esfera de trascendencia a los moradores de la turbulenta Italia central. El mensaje de las órdenes mendicantes surgió para una sociedad progresivamente escindida en lo material, y espiritualmente distante de sus raíces cristianas. Para una sociedad urbana, en plena expansión de sus bases materiales, y muy singularmente de sus actividades comerciales, pero que generaba una profunda división de la riqueza, y auténticas masas de indigentes que, atraídos por el espejismo de la ciudad, no encontraban medios de subsistencia.

Esa sociedad segmentadamente próspera e insolidaria, ocupada en la expansión de sus fundamentos políticos, y en la obtención de nuevos mercados, en la consolidación de fórmulas políticas más autoritarias, y en la captación de recursos, es una sociedad que nos resulta demasiado familiar.

No debe resultar llamativo, por tanto, que la figura de san Francisco de Asís disfrute de enorme popularidad en nuestro tiempo. Pero, desde una perspectiva cristiana, todas sus cualidades, que redundan en beneficio de una civilización del amor, no pueden sino resumirse en una que es más que cualidad, que inclinación o que positiva disposición: es valor, y se llama bondad. Entre todos los valores, la bondad es el que, probablemente, posee más contenido innato, se encuentra más ligado a la naturaleza del ser humano.

En el caso del joven que, a partir de 1206, se retiró del mundo, existe un matiz que resulta particularmente admirable, y es la santificación de la pobreza. La decisión de prescindir de todo lo superfluo, de eliminar todas las servidumbres del espíritu, para vivir plenamente en comunión con Dios, y en paz con el resto de los seres humanos, se eleva hasta obtener carácter esencial. La bondad, como tal sentimiento, debe mucho al desprendimiento. El hombre que prescinde de lo que no necesita, está en condiciones óptimas para entregarse al descubrimiento de su propio corazón, un corazón naturalmente entregado al bien.

GV.

ALBERTO MAGNO

Algunas personas creían que este santo tenía "poderes mágicos". En realidad era un científico experto, pero la mayoría de la gente no sabía acerca de esos temas en aquella época, así que pensaban que debía ser MAGO.

Alberto era una autoridad en física, geografía, astronomía, mineralogía, biología y filosofía, y él enseñaba y escribía acerca de todos estos temas. Pero su tarea más importante fue aplicar su sabiduría en esas materias ¡para enseñar y escribir acerca de DIOS!

Alberto fue obispo, defensor de la fe, consejero del papa, predicador, maestro y líder. Él no era un MAGO, pero era MAGNO (moralmente grande) y bueno. Todas las disciplinas que estudió Alberto eran fascinantes. Pero él comprendió que Dios está en cada una de ellas. Todos los misterios del universo fueron creados por Dios. TODO el conocimiento viene de ÉL. De modo que no importa la disciplina que elijas, el tema más fascinante para estudiar siempre será Dios.

De todas las criaturas que hizo Dios, sólo las personas tienen la capacidad de pensar, elegir, ayudar, amar y reír. Usa tu cabeza en este momento, para pensar en otras cosas que creó Dios. Veamos... peces y nueces, dinosaurios y canarios, plantas y planetas, patos y gatos, montes y montañas y millones de cosas más. ¿Por qué no intentas hacer una lista para ver hasta donde puedes llegar, enumerando las creaciones del Señor? ¡Y no olvides poner tu nombre al principio de la lista!

Bernardette Mccarver

UNA ACTITUD PSICOLÓGICAMENTE ÚTIL

Un formal deseo de amar a los demás, incluyendo tal vez el deseo de amar a alguien más íntimamente, puede traer a nuestra mente sentimientos de satisfacción y felicidad. El deseo consciente de amar a todos los que nos rodean es un don de Dios por cuya obtención debemos rogar con frecuencia.

Un muchacho de nuestra residencia, un aborigen indio alto, de unos quince años, llegó a mi habitación para pedirme consejo. Generalmente, yo termino las entrevistas de este tipo con una pequeña plegaria por el visitante.

En este caso particular, antes de empezar mi oración, le pedí al muchacho que reflexionase un poco y me dijese por qué le gustaría que yo rezase. Le dije: "¿Qué es lo que más deseas?". Después de unos momentos de reflexión me contestó el muchacho: "Lo que más ansío es tener paz espiritual y saber cómo amar a todo el mundo". Sabias palabras. Ellas expresan la actitud que todos debiéramos tener. Y las últimas palabras, "el saber cómo amar a todo el mundo", pueden darnos un programa de vida.

ESULTOR DIVINO

El mundo es «una máquina de fabricar santos», decía Bergson. «Más que nadie, se ha dicho, San Juan de la Cruz conocía este supremo arte de la Sabiduría, hecho de simplicidad y suavidad, que utiliza las causas segundas, personas y acontecimientos, para hacer de ellos los instrumentos de su omnipotencia en las almas. La acción de la Sabiduría está sumergida habitualmente en la vida cotidiana y se oculta bajo el velo de los acontecimientos más ordinarios»

Hace falta una consideración, una mirada de fe penetrante para discernir esta continua acción del escultor divino. «La agitación de las pasiones humanas, el velo más espeso aún de la simplicidad de los acontecimientos ordinarios, bajo los cuales se disimula, envuelven en el misterio la acción de la Sabiduría, un misterio que la diversidad de las formas exteriores hace aún más profundo.»

«La vida de los santos -precisa aún el P. Marie-Eugéne de l'Enfant Jesús- podría ilustrar maravillosamente estas consideraciones. Se vería como la Sabiduría utiliza admirablemente las dificultades exteriores (dificultades económicas, oposición de los amigos, etc.) para obligar a los santos a realizar actos puramente sobrenaturales y a trepar así a los últimos grados de la perfección.»

Y en esta misma línea se encuentra la consigna de Pablo VI a los superiores religiosos que podían sentirse tentados de prestar demasiada atención a las sombras de nuestra época en lugar de discernir los motivos de un apostolado más generoso: «Feliz tiempo el que nos provoca a todos, a unos y a otros, a un amor más total, a una búsqueda cada vez más exigente de los medios de vivirlo y proclamarlo generosamente alrededor de nosotros. Es la hora, para vuestras comunidades, de una toma de conciencia, es la hora del discernimiento espiritual».

EL ESPANTAPÁJAROS



Recuerdo haber visto, en no sé qué revista humorística, una viñeta en la que un gorrión, posado sobre el hombro de un espantapájaros, explicaba a otro compañero que miraba con recelos al monigote de trapo: «No te preocupes: es un señalizador que indica dónde hay comida.»

Tenía razón: sólo se ponen espantapájaros donde hay trigo. Y así es como, para un pájaro curado de espantos, lo que se colocó para darle miedo se convertía en guía y atractivo.

La historieta del pájaro me hizo entender por qué ahora parece estar especialmente de moda cuanto está prohibido; por qué dicen los jóvenes que las cosas que no son pecado tienen menos sabor, por qué las palabras reprobatorias son la mejor propaganda para algunas películas. La razón es

muy simple: porque hemos presentado la ley como un espantapájaros. Sirvió mientras la gente le guardó respeto. Perdido éste, se convirtió en aliciente en lugar de freno. Pero la culpa no es de la ley en sí, sino de quienes predicamos la ley no como la forma visible de realizar un amor, sino como un puro espantapájaros lleno de amenazas y vetos.

He pensado todas estas cosas comentando con algunos amigos uno de los últimos apuntes de este cuadernillo mío: aquel que hablaba -hace unas semanas- de los pecados de amor. Porque algún amigo encontraba demasiado «permisiva» aquella frase de San Agustín que a mí me gusta citar tanto: «Ama y haz lo que quieras.» Decía el crítico que a esa frase debería añadirse siempre la apostilla de bien entendido eso de hacer lo que quieras». Yo replicaba que tal añadido me parecía innecesario, porque quien ama de veras querrá forzosamente lo que debe, lo que es coherente con su amor y jamás entenderá que se pueda amar abstractamente por un lado y hacer lo que te viene en gana por el otro.

¿Hay realmente algo más exigente que el amor, algo más radical? Un hombre que ame verdaderamente a Dios o a su prójimo seguro que irá mil kilómetros más allá de lo que estrictamente manda la ley. Le ocurrirá lo que a aquel personaje de Montherland que, en una comedia, decía con desilusión a su jefe: «Yo os ofrecía colaboración y resulta que sólo me pedís obediencia.» Porque realmente el cumplimiento de una ley «sólo» nos pide el ciento por ciento (y hasta suele hacer alguna rebaja), mientras que el mandamiento del amor no se contenta con el mil por cien y aspira siempre a multiplicar su entrega. Por eso quien ame de veras podrá siempre hacer lo que quiera, porque sólo querrá más amor, más entrega a su vocación.

EL CARRETERO

El filántropo alemán, Oberlin, caminaba perdido bajo una tormenta de nieve, cerca de Estrasburgo. Vencido por la fatiga, se tumbó sobre la nieve, casi cierto de su muerte. Sucedió que pasó por allí un carretero que, inmediatamente lo rescató, lo subió al carro, envolvió en una gruesa manta su helado cuerpo y lo llevó hasta la casa del propio Oberlin.

Cuando el carretero ya se retiraba, Oberlin, conmovido por la caritativa y oportuna ayuda de su salvador, le expresó el deseo de ofrecerle una recompensa. Algo que el hombre no admitió de ninguna manera.

-Dígame, al menos, su nombre -le pidió Oberlin.

-Dígame el nombre -le replicó el otro-, del buen samaritano.

-No consta su nombre- le dijo Oberlin.

-Entonces, permítame que oculte también el mío -le dijo el carretero.